

ÉL...

Tuve escritas unas cuartillas donde reseñaba la noche de mi boda. Se las enseñé a un magistrado modelo de rectitud y prorrumpió enrojeciendo de ira:

—No publiques eso, porque cien manos honradas se alargarán justicieras a estrangular su garganta...

Se las enseñé, después, a mi confesor, y me aconsejó en voz baja:

—Rompe eso enseguida; esto pide castigo y el castigo sólo Dios puede darlo.

Luego las leyó el médico que asistió a mi nacimiento y me dijo:

—Publica estas páginas, porque las aberraciones miradas con los ojos de la ciencia, pueden evitar en su día males mayores.

Pero releí las cuartillas y haciendo más caso del magistrado y del cura que del médico, las rompí en pedazos y durante un momento vi volar la historia de infamia y locura, de mi noche de bodas...

—¿Cómo resistir? —me preguntaba yo continuamente.

¿Sufrirán así todas las mujeres...? ¿Qué es esto?

Y la inocencia que las buenas madres españolas quieren cristalizar en las vírgenes, tendiendo aún sobre mí su espeso velo, me impedía separar, distanciar, seleccionar...

—Yo no descansaré —me dijo Él un día con acento reconcentrado— hasta ser más rico que fulano —me nombró a un amigo que unos días antes le había hecho un favor inmenso.

—¿Y para qué? —le pregunté.

—Para poder aplastarlo y vencerlo. ¿Crees tú que le estoy agradecido por el favor que me ha hecho? No; lo odio tanto desde entonces, que es mi obsesión de día, y de noche no me deja dormir la idea de que esoty moralmente rebajado. El que nos hace un favor nos deja bajo su dominio y siempre podrá decir: “Yo pude hacer esto por fulano, y el poder ese que lo equipara a un dios, hace que el favorecido sea un esclavo moral, porque no pudo hacer lo que el otro...”.

»Por eso yo quiero llegar a poder y entonces lo hundiré con todo él, y lo tendré a mi vez preso a mis pies... Pero dime, infeliz, ¿no comprendes tú lo natural de ese odio, de esa tortura que me mata? ¿No comprendes tú todo esto...?

Seis días de casados y sus suspicacias llevábanle a recelar del inglés tuberculoso, nuestro vecino de cuarto, huésped fijo del Grand Hotel. La metálica tos nocturna del enfermo antojábansele avisos convenidos, y las horas sucedíanse a las horas, sin dejarme dormir y velando mis menores movimientos. A veces, por correspondencia nerviosa, a fuerza de oír tosear al vecino a través del delgado tabique, secábase la garganta y tosía a mi vez, y entonces Él tirábase hacia mí, queriendo estrangularme entre sus manos.

De día evitaba yo la menor mirada del inglés, que no se preocupaba de nosotros, indiferencia que Él sin embargo tomaba por cálculo sagaz.

Sin temor al ridículo, habló al dueño del hotel para que lo cambiase de habitación, pero se negó aquél, por ser huésped antiguo, y encontrarse —añadió— muy delicado.

Un día, «su» cerebro turbóse de tal suerte que desde por la mañana salimos a buscar habitación en otro hotel. Ya muy tarde entramos en el que estábamos para dormir tan sólo aquella noche, y observé contrariada que por debajo de la puerta vecina había aún una raya de luz.

«¡Otra noche», pensé, «de celos y de martirios!».

A poco un hondo suspiro turbó el silencio y Él, que escribía unas cartas, levantó la cabeza y me miró; a continuación otro suspiro y unos pasos queditos dentro del cuarto.

—Lo ves —me dijo enfurecido—, ¿ves cómo sólo desea llamarte la atención?

Y al oír un sollozo reprimido que partía del cuarto del vecino, gritó ya enloquecido:

—¡De esta noche no pasa que lo mate!

Se levantó violento y en aquel punto sonó un «¡ay!» con una voz de timbre femenino, que a Él se le antojó voz fingida de burla denigrante, y con ímpetu feroz, estremeció la puerta de madera que unía los dos cuartos, y derribola a tierra.

Y vi con espanto, en la habitación contigua, un candelabro negro, que la puerta arrastró tras sí, con un cirio encendido, y arrinconadas con unos rosarios en las manos, nos miraban con ojos desencajados la dueña del hotel y una sirvienta, mientras sobre la mesa, amortajado, estaba el pobre inglés, frío y sin vida.

En aquella ocasión obtuvo ciertamente un triunfo en su carrera y los amigos llenaban nuestra casa en visitas de felicitación.

—Tiene mucho talento —me decían—. Que sea enhorabuena. Enhorabuena —y las felicitaciones se sucedían.

Una persona de mi familia que en más de una ocasión había recibido mis confidencias, me decía en voz baja:

—Ya ves cómo eran infundadas tus sospechas de que Él no anda bien de la cabeza; si así fuera no trabajaría con el talento que lo hace.

Yo escuchaba desorientada.

Por la noche, una sospecha absurda, cruel y escandalosa vino a turbar la paz de mi dormir... Mis dedos índice y pulgar habían quedado unidos y cerrados sobre la almohada, formando una O y con esa letra empezaba el nombre de un hombre a quien odiaba...

Pero en la tarde del siguiente día volvieron las visitas y los amigos repetíanme:

—¡Enhorabuena...!

Cuando aquel hombre, impulsado por el perjuicio que en sus intereses le había hecho, lo agredió en medio de la calle, Él cayó en un estado de desesperación sorda y silenciosa que le hacía asemejar a una fiera acorralada.

—Es que busco la palabra —me dijo por fin una tarde.

—¿Qué palabra? —le pregunté.

—La palabra que pueda torturarlo más; una que le lleve a las entrañas un roedor eterno, y al cerebro un latido continuo que lo atormente mientras viva; y sé que existe esa palabra y que la tengo «aquí», pero no puedo darle forma y eso créete que me va a volver loco...

En aquella travesía lo encontraba muy mal, y aunque Él hacía lo posible por disimular sus nervios, yo veía que, de un momento a otro, se revelaría la enfermedad de un modo violento. No dormía y, cuando durante unos minutos venía por fin el sueño, era poblado de pesadillas y fantasmas que lo despertaban despavorido.

Aún en tierra me había dicho:

—Quisiera matarme.

Yo estaba desde entonces preocupada por esta idea; pero aquella noche que hacía la tercera de viaje, me dejé dormir y, cuando desperté, el camarote estaba vacío. Salí y recorrí los corredores; subí a cubierta y en un extremo del barco lo vi junto a la borda haciendo extraños movimientos con los brazos levantados al cielo.

Cuando me vio se agarró a la barandilla para tirarse al mar; yo me puse a su lado y lo sujeté rápida por la ropa; Él entonces me golpeó en la frente haciéndome una herida que conservaré toda mi vida; debió soltarse para continuar su propósito de suicidio; pero al ruido de nuestra lucha se acercaban unos marineros, y yo sentí junto con un hilillo de sangre que de mi frente bajaba hasta mis labios, decir estas palabras:

—Es neurótica y ha querido suicidarse... En la lucha se ha herido.

Yo creí que era delirio y debí perder el sentido por completo porque no oí más... Sólo sé que al día siguiente me visitó el médico de a

bordo y como Él no estaba delante no pude hablarle. Cuando el día que me sentí mejor quise decirle algo al doctor en un momento en que Él me dejara sola, aquel doctor, aquel buen doctor de aspecto venerable, me dijo bondadoso:

—No se excite; estos nervios en las señoras son muy molestos.

Y al negar que yo fuese nerviosa, me replicó sonriendo, al punto que Él entraba:

—Son trastornos que tienen muchas mujeres: duchas frías y mucha distracción... Esto es probado.

Como Él me hacía guarda continuar, desconfiado, yo no pude estar sola un momento, y llevando el terror en el alma de hallarme sujeta a las manos de un irresponsable, escuché al pasar ante algunos marineros al marcharnos del buque estas palabras dichas en voz muy baja:

—Ésta quiso tirarse al mar... —y al mismo tiempo con el índice se señaló la sien con un gesto conocido.

Otro añadió mirándome:

—¡Pobre mujer!

Y replicó un tercero:

—Pobre de ella, no... ¡Pobre de él...!

Hacía Él unos acertadísimos negocios de dinero. Donde ponía la mano, salía bien el asunto. Su percepción para los negocios era clarísima y rápida.

Pero el día que tenía una pérdida en sus intereses, sus recelos diarios subían de punto y se creía cercado y perseguido por los que suponía sus enemigos. Muchas veces mirándome sombrío me dijo:

—Hay mujeres que tienen «jettatura» y es lícito desprenderse de este sino fatal...

Y sus manos temblaban...